PENSAMIENTOS
DE UNA MARIONETA

Alberto Martín-Aragón

PENSAMIENTOS DE UNA MARIONETA

Primera edición: septiembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Alberto Martín-Aragón

ISBN: 979-13-87814-90-8
ISBN digital: 979-13-87814-91-5
Depósito legal: M-18660-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Julia

En esta vida la primera obligación es ser totalmente artificial.
La segunda todavía nadie la ha encontrado.

OSCAR WILDE

Sans toi
Je n'suis plus moi
J'dérive à l'infini

SERGE GAINSBOURG

Quien quiera ver a Dios tiene que ser ciego.

MAESTRO ECKHART

1

Pues me publican dos columnas de opinión a la semana en un conocido periódico y no me importa admitir que me gano la vida demonizando y denigrando a quienes cometen la temeridad de ir contra los intereses de las elites que me pagan, y tampoco me importa admitir que casi todo lo que escribo es una descarada y burda negación de la realidad, pero casi nadie rebate mis falsedades, pues eso sería lo mismo que ir contra el sistema, y la mayoría de la gente, como es bien sabido, prefiere ahorrarse problemas con el poder, aunque siempre hay algún personajillo de la vida pública que se atreve a cuestionar los intereses de los jefes de mis jefes, y cuando eso sucede, yo y mis colegas debemos desacreditar a ese personajillo público atribuyéndole algún supuesto delito o algún comportamiento reprobable, y si el personajillo se obstina en hacerse el héroe y persiste en declararse víctima de una caza de brujas, yo y mis colegas pasamos a la fase de ensuciar y despellejar su honor sin ningún miramiento.

Y ahora debo contar algo que pasó hace un año, algo que me ha hecho pasar malos ratos, algo que me ha hecho reflexionar más de la cuenta y algo, pienso, que siempre me hará reflexionar más de la cuenta y que siempre me hará pasar malos ratos. Hace un año una joven modelo llamada Aurelia Tapias declaró en un programa de radio que Mario Salmón, un popular y veterano cronista de la prensa rosa, le había sobado el culo sin que ella le diera permiso.

—Me siento agredida y humillada, y no me basta con una disculpa —dijo la modelo con voz pálida y lírica.

—Es perfectamente comprensible —señaló la locutora exagerando un almibarado tono de consternación.

—Y estoy convencida de que ese señor ha abusado de otras chicas, pero las pobres no se habrán atrevido a denunciarlo por puro miedo —declaró la modelo adoptando de súbito un tono áspero y combativo.

—Gracias por tu valentía, Aurelia. Debemos poner fin a estos comportamientos repugnantes. Hay que ser implacables con todos los depredadores sexuales que campan por ahí impunemente.

Al día siguiente Mario Salmón emitió un comunicado en el que acusaba a Tapias de tergiversar los hechos. Casi nadie respaldó ese comunicado y los pocos que lo hicieron pidieron disculpas días después por haber puesto en duda el testimonio de la modelo, si bien pedir disculpas no les sirvió de mucho, puesto que la opinión pública suele burlarse de quienes se humillan en público para salvar in extremis su empleo o su estatus social.

Admito que siento mucha pena por Mario Salmón porque Mario Salmón y yo hemos sido muy amigos, y hemos sido muy amigos porque, entre otras razones, él fue la persona que me apadrinó profesionalmente y que me introdujo en el gallinero del periodismo. Estoy plenamente convencido de que Mario jamás ha abusado sexualmente de nadie porque no ha tenido ninguna necesidad de ello, pienso. Mario es guapo, ingenioso, amable. Al menos lo era antes de que se pusiera en marcha su linchamiento mediático. Varias veces fui testigo de cómo algunas señoritas le metían mano o le lamían una oreja mientras él trataba de zafarse amablemente de ellas. Si Mario agredió sexualmente a esa tal Aurelia, yo soy un oso panda, pensé.

No me quedó, sin embargo, más remedio que escribir contra él una infame columna en la que lo acusé sin ninguna prueba de ser un sujeto depravado que se amparaba en su popularidad y en su influencia para meter mano a jóvenes inexpertas e inocentes. Y no me quedó más remedio que escribir esa infame columna porque mis amos habían decidido que Salmón ya no era de los suyos y que

se había vuelto demasiado crítico con el actual orden y, en definitiva, había que cargárselo por cojones y, por supuesto, yo debía arrimar el hombro en aquella tarea porque era esencial que un amigo declarado de Salmón lo censurase y lo condenase públicamente.

En un primer momento me negué a colaborar en tamaña iniquidad, pero mi coraje y mi dignidad apenas duraron quince minutos, el tiempo que tardó Tomás Calviño, el director del periódico que publica mis columnas, en asegurarme en un tono paternal que yo no volvería a escribir en ningún medio de comunicación si no colaboraba en la destrucción de Salmón. Salmón me telefoneó el mismo día en que apareció publicada mi columna contra él.

—Así que tú también te has aliado con la jauría —me dijo con voz gélida y afilada.

—Lo siento mucho. Sabes perfectamente que no tenía otra opción.

—No me vengas ahora con esa mierda, Lázaro. Todos los cobardes os justificáis del mismo modo. Al menos ten cojones para reconocer que no tienes cojones.

—De acuerdo. No los tengo. Y jamás los tendré. ¿Por qué habría de tenerlos? ¿Acaso debo enfrentarme al mundo entero para salvar tu culo?

—¡Soy inocente, hostias!

—¡Ya sé que eres inocente! Pero el sistema quiere acabar contigo, y lo que seas o dejes de ser le es indiferente.

—¡Yo te he puesto donde estás, cabrón!

—Cierto, Mario. Y nunca lo olvidaré. Pero no puedes pedirme que baje contigo al infierno.

—Jamás te pediría algo así. Sólo esperaba que hubieses aludido en tu artículo a la necesidad de respetar mi presunción de inocencia. Eso me habría bastado.

—Apelar a la presunción de inocencia en medio de una caza de brujas es casi lo mismo que pedir ser arrojado a la hoguera.

—¡Pero esto es una puta locura! Esa tía que me acusa de haberle tocado el culo me pidió realmente que se lo tocara. Te lo juro. Y luego me la chupó, cosa que la muy cabrona se ha callado.

—Te creo. Pero vivimos en una época en la que los hechos no importan. Quizá nunca importaron.

—¡Qué tipo de democracia es esta? —rugió Mario desesperado.

—Esto no es ninguna democracia, amigo. Tú mismo me lo has dicho muchas veces.

—Te has convertido en un canalla, Lázaro.

—Mario, sólo soy un títere. Y no me queda más remedio que serlo porque no tengo talento ni valor para desempeñar un trabajo honrado. De todas maneras, te recuerdo que tú tampoco te has destacado por ser un mártir de la verdad y de la justicia. Cuando algunos colegas nuestros se han visto envueltos en una situación similar a la tuya, has estado callado como una puta.

—Puede ser, pero yo no les insulté como has hecho tú conmigo en tu mierda de artículo. ¿Cómo has podido escribir que soy un astuto pervertido que ha sabido ocultar su despiadada voracidad sexual tras una caballerosidad trasnochada y que los machos como yo sobramos en sociedades que luchan por hacer realidad la igualdad de género? Eres pura escoria. No te pego tres tiros porque no quiero meterme en más problemas.

—Puedes imaginar que no creo una sola palabra de la bazofia que he escrito. Y te juro que estaré toda mi vida avergonzado. Pero si no hubiera escrito eso, ahora estaría buscando curro de camarero.

—Me has utilizado todos estos años y ahora me apuñalas por el ojete sin ningún escrúpulo. Pero esto no acabará así. Os destruiré a todos en los tribunales, aunque para ello tenga que vender todo mi patrimonio. ¡No he dicho la última palabra, hijos de la gran puta!

Y colgó, y ahí terminó nuestra amistad, y yo me quedé contemplando la espuma de la cerveza que me estaba bebiendo en mi ático de Tirso de Molina antes de que Mario me llamara, y pensé que no debía pensar más en ese asunto porque no iba a servir de nada, dado que yo no tenía poder para cambiar el destino de Mario, pensé, y sentí mucha pena y mucha rabia porque era consciente de que el infierno de Mario no había hecho más que empezar. Y des-

graciadamente no me equivoqué. Durante varias semanas Mario fue descalificado y despellejado por casi todos los tertulianos de radio y televisión, y nadie se atrevió a decir algo amable o positivo de un hombre que había ayudado profesionalmente a muchos de los que le estaban descalificando y despellejando.

Mario vive ahora en monástica reclusión en su casa de Menorca. A veces estoy tentado de llamarle para preguntarle cómo está y para pedirle perdón por mi cobardía, pero al final no lo hago porque tengo la impresión de que no serviría de mucho y de que acabaríamos insultándonos. Sé que soy indigno y no me consuela saber que vivimos tiempos indignos, pero seguiré siendo indigno porque soy pusilánime y porque mi pusilanimidad ha sido esencial para labrarme un nombre como columnista de opinión.

2

Pues me dice que se llama Lorenza Chaves y que escribe cuentos infantiles y también me dice que está harta de sonreír a las madres que le dan las gracias por hacer felices a sus hijos con sus cuentos infantiles. Lorenza es alta y oronda y su semblante irradia una melancolía decimonónica. Estamos en un bar lleno de cinéfilos disléxicos que no saben sacarse un moco sin llamar la atención. Y no les culpo por ello dado que son hijos de esta época, una época que se caracteriza por una tendencia enfermiza a querer llamar la atención sea como sea, incluso en el acto de sacarse un moco, pienso.

Lorenza me dice que tiene cuarenta y dos años y me cuenta que está casada con Aitor Pulpotegui, un popular y mediático cocinero que se pasa la vida viajando y dando conferencias gastronómicas por todo el mundo. Le comento a Lorenza que he visto a ese tío en la tele varias veces, pero no le comento que ese tío me parece un sujeto afectado y arrogante que siempre intenta dárselas de campechano, y tampoco le comento que no me suelen caer bien las mujeres que están casadas con ese tipo de señores. Pienso, no obstante, que debo dar una oportunidad a Lorenza porque algo me dice que Lorenza es una mujer genuina que merece respeto y quizá admiración. Y creo que no me equivoco porque Lorenza me invita a un whisky y me pregunta acto seguido si estoy interesado en hacer cochinadas con ella, y yo le digo que no quiero problemas con su marido y ella me explica que su marido se halla en Estocolmo dando una conferencia sobre los beneficios para el medio ambiente que, según él, propicia el consumo responsable de pinchos donostiarras.

Cuando nos acabamos el último whisky, Lorenza me lleva a su casa, un piso amplio e intimidante situado en la calle Juan Bravo, y me pregunta si quiero beber algo y yo le digo que no y comento que me gusta su choza y me acerco a ella y le chupo una oreja y ella entorna los ojos y me dice que le gustan los hombres cariñosos y yo le digo que no soy cariñoso pero que me excita chupar las orejas de una mujer borracha y cachonda, y añado que podría estar varios siglos chupando las orejas de mujeres borrachas y cachondas.

Lorenza me dice:

—No hables tanto y céntrate.

—Lo que tú digas, reina.

—No me llames reina nunca más. Lo detesto.

Y dejo de hablar y empiezo a desnudarla y su cuerpo desprende una fragancia cítrica con toques de jengibre y ella también empieza a desnudarme, y mientras nos desprendemos de nuestras ropas nos acercamos hasta un largo sofá y caemos abrazados en él y empezamos la faena. En honor a la verdad debo decir que esta escritora de cuentos infantiles hace un buen trabajo con su lengua, y pienso que yo tampoco lo hago nada mal con la mía, y debo admitir que no soy el mejor lamedor de clítoris del mundo, pero puedo asegurar que me tomo muy en serio ese cometido, y debo añadir que Lorenza gime hasta las seis de la mañana como si le estuvieran retorciendo el pescuezo, y confieso que sus gemidos me producen escalofríos porque no parecen del todo humanos, y cuando nos cansamos de hacer marranadas, Lorenza se enciende un cigarrillo y yo me siento frente a ella y ella me comenta con insolente calma:

—No recuerdo tu hombre.

—Lázaro.

—¿Eres músico?

—Ya te he dicho que no. Soy un puto columnista. Uno de tantos.

—Es verdad. No me acordaba. Perdona. Tengo la cabeza llena de preocupaciones.

—No eres la única.

—Un día hallaré la paz total.

—Estoy seguro.

—Me gustaría morir como Ana Karenina.

—A mí me pone más cachondo el final de Emma Bovary.

—Demasiado agónico y sucio. No quiero sufrir tanto.

—Dicen que sufrir nos convierte en dioses.

—No quiero ser una diosa.

—¿Qué quieres ser?

—Quiero ser una oscuridad eterna y mansa.

—Espero que consigas tu objetivo.

Lorenza expulsa por la nariz un elegante penacho de humo y, lanzándome una mirada de febril hastío, me ordena:

—Vete.

—¿Por qué?

—Porque ahora me apetece estar sola.

—¿Qué mosca te ha picado?

—No seas pesado y pírate.

No tengo ganas de discutir, pienso, así que empiezo a vestirme. Cuando estoy poniéndome los zapatos, Lorenza me pregunta:

—¿Puedes darme tu número de teléfono?

—¿Para qué?

—No me caes mal del todo.

Se lo doy y me esfumo y, antes de llegar a mi ático de Tirso de Molina, me topo con un mendigo que me pregunta con voz desabrida si puedo limpiarle el culo en tanto su diestra enarbola un rollo de papel higiénico. Le pido que me deje en paz y él me dice que no puede dejarme en paz hasta que le limpie esa parte de su cuerpo. Le hago un corte de manga y el tipo se abalanza sobre mí mostrándome unos dientes amarillos y afilados, y echo a correr y logro huir por los pelos, y otro mendigo salido de no sé dónde me arroja un muslo de pollo y lo esquivo de milagro, y veo que un árbol delgado de ramas quebradas me mira con burla, y pienso que es la primera vez que un árbol me mira así, y me siento frágil, y pienso que algo terrible va a sucederme.

3

Pues me estoy bebiendo el cuarto whisky del día mientras observo la orgullosa somnolencia de los tejados de las casas vecinas a través de la ventana de mi dormitorio. Y me veo envejeciendo en este domingo de finales de octubre sin ninguna gloria, como no podría ser de otro modo, y me parece que el tosco cielo madrileño me juzga con la antipatía de un cartero con reúma. Y dejo de mirar por la ventana y me pongo a vagar por el interior de mi ático de Tirso de Molina porque no sé en qué emplear el tiempo ahora mismo y pienso que vagar por el interior de mi ático me ayudará a determinar en qué quiero emplear el tiempo ahora mismo. Mi ático no es exactamente mi ático porque vivo en él como inquilino desde hace casi dos décadas, pero supongo que tengo derecho a considerarlo mío desde un punto de vista sentimental y moral.

Mi ático tiene unos ochenta metros cuadrados, está situado en la quinta planta de un edificio antiguo, es bastante luminoso y consta de una sala de estar, de un dormitorio, de una cocina y de un cuarto de baño. Quizá deba añadir que este ático tiene los techos abuhardillados, razón por la cual me siento legitimado para decir que vivo en una buhardilla con vistas panorámicas. Y quizá deba añadir que estoy cansado de vivir aquí, pero nunca termino de mudarme a otro lugar porque pienso que no encontraré un sitio mejor que este y porque carezco de energías para llevar a cabo una mudanza y para adaptarme a otra zona. Y mientras pienso todo esto, sigo vagando por el interior de mi ático o de mi buhardilla, acompañado por el tedio y por la tristeza, y acompañado también

por el recuerdo de Mario Salmón, a quien intento olvidar pero a quien no puedo olvidar porque sin Mario Salmón yo no habría sido columnista ni podría pagar el alquiler de este ático.

Y me dispongo a propinar una patada a una silla de madera para calmar la ansiedad que empieza a adueñarse de mí, pero no lo hago porque acaba de sonar el timbre de la puerta. Me acerco receloso al recibidor mientras me pregunto quién coño puede ser, y giro la manilla y abro la puerta y en la penumbra del rellano se recorta a contraluz la silueta de una mujer de unos treinta años, alta, filiforme, sólida, una mujer que tiene la apariencia abstracta de una farola atrapada en la modorra de una noche de verano, pienso. Y veo que la mujer viste minifalda de cuero y medias de rejilla y que calza botas negras, y veo que una sonrisa cínica y tenebrosa se pasea por su rostro, estrecho, pálido, de facciones angulosas, y veo que su cabello es largo, algo estropajoso, de un rubio desvaído, y me parece que es más fea que guapa y también me parece que su fealdad tiene donaire y estilo, y me digo que posee el tipo de fealdad que me excita y que puede hacerme perder los papeles.

—Vengo de parte de tu padre —anuncia con voz grave y confiada.

—Imposible, hermana. Mi padre lleva muerto mucho tiempo.

Y la mujer que invade mi intimidad dominical se encoge de hombros y enarca una ceja de un modo muy sensual y me pregunta:

—¿No eres tú Lázaro Hierro?

—Sí, soy el capullo de Lázaro Hierro, pero debe de haber un error.

—No creo que haya ningún error —explica la rubia con insolente tranquilidad—. Hace cuatro días alguien transfirió mil euros a mi cuenta. Poco después me telefoneó el tío que me había transferido la pasta. Me dio tu nombre y tu dirección y me pidió que viniera este domingo a hacerte compañía. También me dijo que era tu padre.

—¿Cómo era la voz de ese tío?

—No sé. Una voz seria.

—Todo esto es raro de cojones —afirmo, y suspiro poniendo los brazos en jarra.

—Estoy acostumbrada a lo raro de cojones —comenta la mujer con rictus calculador.

—Ya veo.

—Oye, si no me dejas pasar, me piro. Nadie me hace esperar más de quince segundos en un puto descansillo.

—¿Cómo te llamas?

—Sandra. Sandra Cerezo.

Y veo que Sandra Cerezo tiene unos ojos grandes y escrutadores de color verde azulado que parecen absorber el resto de su rostro, y pienso que parece muy segura de sí misma y pienso que tiene pinta de poder romper narices en caso de que alguien se sobrepase con ella. Su cuerpo desprende una leve fragancia a coliflor cocida, una de mis fragancias preferidas, dicho sea de paso, y me muerdo el labio inferior y me deleito con el dolor que me provoco y digo:

—Adelante, Sandra. Tengo un whisky que te ayudará a ver a Dios.

—Dios murió hace mucho tiempo.

—Dios no puede morir.

—No me interesa la teología.

—Haces bien.

Sandra entra con aire decidido y me planta un beso en los labios mientras me acaricia los genitales con la mano izquierda y dice que sólo bebe cerveza y dice que tiene calor y dice que parezco un pederasta arrepentido y vamos a la cocina y le sirvo una cerveza caliente porque he olvidado meter cerveza en el frigorífico y yo me bebo otro whisky.

—¿Qué tipo de broma es esta? —le pregunto.

—Ninguna.

—No te creo.

—Me acabarás creyendo cuando me veas el culo —me dice Sandra.

—¿Por qué quieres que te vea el culo?

—¿Eres tonto o te lo haces?

—Ambas cosas.

Y media hora después yacemos desnudos en la cama y después de eyacular sobre su vientre Sandra me mira con escéptica cordialidad y yo la miro con un poco de recelo, aunque sonrío.

—No ha estado mal —sentencia ella.

—Gracias por mentirme.

—No miento.

—¿Te gusta Béla Tarr? —le pregunto.

—¿Quién es ese tío?

—Te lo digo más tarde. Ahora necesito ir al retrete.

—Pues ve.

Y salgo del dormitorio dando silbiditos y palmas, y me miro los pies y los pies me dicen que todo acabará mal, y pienso que mis pies siempre han sido muy pesimistas. Y me tomo mi tiempo para defecar. Y cuando regreso al dormitorio, Sandra yace boca arriba, las manos entrelazadas bajo la nuca, y veo que Sandra contempla el techo abuhardillado con ojos tristes y me tumbo junto a ella y le masajeo el abdomen.

—Mi padre está muerto —le digo.

—Ya me lo has dicho.

—Es imposible que hayas hablado con él.

—¿Qué importancia puede tener eso? Alguien que te tiene estima me ha pagado para que yo esté aquí.

—Casi nadie me estima.

—Yo empiezo a hacerlo.

—No me conoces.

—Sí te conozco.

Y Sandra me besa en la boca y nos ponemos a follar de nuevo y oigo cómo una paloma se estrella contra el cristal de una ventana, y jadeamos y aullamos y siento cómo antiguas frustraciones y revanchas se ahogan en el caos de la lujuria.

—¡Así, así! —gime Sandra—. ¡No pares! ¡Llámame zorra, hijo de puta!

—A sus órdenes, santísima zorra.

Cuando me corro, Sandra me da un mordisquito en la nariz.

—Me gusta tu sonrisa —dice.

—A mí no. Me recuerda a la sonrisa de un ayatolá.

—No he conocido personalmente a ningún ayatolá.

—Quizá conozcas a alguno próximamente.

Y Sandra me dice que tiene hambre y nos vamos a la cocina en ropa interior mientras nos metemos mano y ella me llama cerdo en tono de chanza y yo asiento con la cabeza porque considero que ha dicho una verdad como un templo y saco unas cervezas y preparo unos sándwiches de queso y jamón.

—¿Tienes hijos, Lázaro?

—No.

—¿Y a qué esperas para tenerlos?

Sonrío con pereza y doy un mordisco a mi sándwich y Sandra se acerca a mí con una mirada inexpresiva y me besa una oreja y se acerca luego a la ventana y se pone a mirar los tejados de las casas vecinas. La luz del ocaso, de un ocre mortecino, enciende y aureola los rizos más indómitos de su melena, y veo cómo la penumbra va cubriendo de sombras vaporosas muebles y paredes. Y me acabo el sándwich y puedo sentir cómo me pongo melancólico, y siento cómo el tiempo y el silencio parecen follarse en la neblina de una misma somnolencia, y pienso que un día no estaré en este mundo y que nadie me recordará, y pienso que no será injusto porque no he hecho nada importante por el mundo.

Sandra se da la vuelta y clava en mis ojos una mirada seductora y me dice con voz decidida:

—Te he mentido, Lázaro. Lo siento.

—Ya lo sabía.

—Quería conocerte y no sabía qué excusa poner.

—No te preocupes. Me has mentido de un modo muy original y eso merece un aplauso.

—Quiero ser columnista.

—Lo serás.

—¿Cómo?

—Yo te ayudaré.

—¿Seguro?

—Claro. Es tan fácil como ser ministro. Sólo se necesita el enchufe apropiado.

Y Sandra se abalanza sobre mí y empieza a masturbarme y oigo a los dinosaurios de mi lujuria rugir en el infierno.

4

Pues estoy almorzando en una marisquería con Tomás Calviño, director del periódico que publica mis columnas. Tomás Calviño me ha contado un par de chistes verdes y yo le he dicho que son buenísimos y él me ha ordenado que deje de hacerle la pelota y yo le he dicho que hacer la pelota a mis superiores forma parte de mi trabajo y nos hemos reído como dos guardaespaldas rijosos. Me parece interesante comentar que Calviño es un cincuentón bajito y risueño que pocas veces se peina y que casi nunca lleva calzoncillos porque eso, me ha explicado varias veces, es malo para su circulación sanguínea, y yo le he dicho que le entiendo a pesar de que considero propio de gente puerca ir por el mundo sin ropa interior. Y creo que también es interesante comentar que hace unos años Calviño se proclamaba socialdemócrata y europeísta y que ahora no se proclama nada concreto porque él considera que no es aconsejable exhibir solidez intelectual y ética en estos tiempos. Y mientras pela un langostino y mientras yo disfruto viendo cómo lo pela, me sugiere:

—A ver si escribes algo sobre las corridas de toros.

—¿A favor o en contra?

—En contra, por supuesto —responde Calviño frunciendo el ceño, y se mete el langostino pelado en la boca.

—Pero nuestros lectores son mayoritariamente taurinos.

Calviño mastica y traga y bebe un poco de albariño y explica en un tono afable y didáctico:

—Lo sé perfectamente. Pero son órdenes de arriba. Y yo, como bien sabes, sólo soy un mandado. Quienes nos dan curro quieren abolir los toros y no parecen dispuestos a dar marcha atrás.

Me como un trozo de pulpo y suspiro y me froto las manos y comento:

—La verdad es que no me apetece convertirme ahora en un antitaurino pesado y cursi.

—Ni a mí tampoco, campeón. Uno de mis mejores amigos es ganadero y puede dejar de serlo en cuanto sepa que nuestro periódico se ha alineado con los animalistas más radicales. Te aseguro que no me hace ni puta gracia. Pero nos ha tocado vivir en esta época de mierda en la que unas minorías fanáticas con poder y dinero deciden las costumbres y el futuro de las mayorías. Si queremos seguir jugando a periodistas, no podemos cabrear a quienes nos financian el juego.

—¿Y qué pasaría si escribo a favor de las jodidas corridas?

Calviño esboza una sonrisa paternalista y me agarra por una muñeca y me dice:

—Escribe lo que te salga del ojete, chaval. Pero no olvides que yo no tengo poder para protegerte si los que ponen la pasta deciden de repente que tus columnas van contra su agenda ideológica.

—No lo olvido.

—No te mosquees. Sólo quiero evitarte un disgustillo. Hay millares de pardillos que estarían dispuestos a hacer gratis tu trabajo. No debes permitir que ninguno de esos desgraciados te quite el puesto. ¿Me sigues?

Calviño retira la mano de mi muñeca y bebe un poco más de albariño mientras me examina con una socarronería teñida de suspicacia. Y me meto otro trozo de pulpo en la boca y lo mastico con parsimonia y miro a mi alrededor y miro las caras de otros comensales enrojecidas y abotagadas por el vino y miro la expresión de hartazgo de algunos camareros y miro otra vez a Calviño y le digo:

—No te preocupes, jefe. No voy a cagarla.

—No tengo ninguna duda, Lázaro. Te conozco y sé que sabes proteger tus intereses. Me jodería mucho que lo estropearas todo

ahora. Te has hecho un nombre como articulista y puedes llegar mucho más lejos si te muerdes un poco la lengua. Ya tendrás tiempo de escribir lo que realmente piensas cuando seas un columnista intocable.

—Eso nunca sucederá. Además no creo que haya columnistas intocables.

—Bueno, no te obsesiones con ese asunto y trata de ver las ventajas de lo que haces. Te pagamos 400 euros por columna publicada. Y todo eso sin mover el culo de tu ático. Es un chollo de cojones. ¿No estás de acuerdo?

—Sería un gilipollas si no estuviera de acuerdo.

—En efecto. Me alegra que lo veas así, porque hay otros privilegiados como tú que tienen la caradura de ir de víctimas y de exigir encima más lana.

—Lo supongo.

—Tú eres un tío agradecido y nada vanidoso, Lázaro. Por eso me caes bien. Y quiero que sigas cayéndome bien, porque no es fácil encontrar a gente normal y noble en este oficio de mierda.

—¿Noble? Soy una sabandija, Tomás.

—No hables así de ti. Nadie es inmaculado.

Y me da una palmada en el hombro.

—Anda, vamos a brindar —me propone.

Y brindamos por nosotros y bebemos y nos acabamos todo el marisco que hay sobre la mesa. Y cuando nos sirven el café y unos trozos de tarta de Santiago, hablo a Calviño de Sandra y le pregunto si puede hacer algo por ella, y se lo pregunto con una voz tímida, quizá asustada, pienso.

—Claro, chico —me responde con ojillos traviesos y rijosos—. Que venga a verme al periódico. Ya le buscaré algo. Pero adviértele de que debe empezar de cero. Si esa amiguita tuya quiere ser columnista, antes tendrá que sudar la camiseta con trabajillos más modestos.

—Por supuesto.

Y Calviño engulle un trozo de tarta y me sonríe pícaramente y me dice:

—¿Crees que esa Sandra te habría comido la polla si no fueras un articulista conocido?

—Ni Sandra ni otras muchas me habrían comido nada si mi puta firma no apareciera en tu puto periódico, jefe.

Y Calviño vuelve a darme otra palmada en el hombro y me sonríe con picardía y me dice:

—¿Lo ves? Eres un tío honesto y realista.

—Soy una puta marioneta.

—Y yo, chaval. Pero vivimos mejor que los pardillos que presumen de ser libres e independientes.